

Letras del Sur | narrativa

**Los
dos
ombúes**
Márgara
Averbach





Los dos ombúes

Márgara Averbach



Letras del Sur
EDITORA

BUENOS AIRES | ARGENTINA

Colección | Narrativa

Averbach, Márgara

Los dos ombúes / Márgara Averbach ; editado por Nora Fabiana Galia. - 1a ed 2a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Letras del Sur Editora, 2022.

180 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4441-24-9

1. Narrativa Argentina. 2. Dictadura Militar. 3. Adolescencia. I. Galia, Nora Fabiana, ed. II. Título.

CDD A863

2022 © Letras del Sur Editora

✉ letrasdelsureditora@gmail.com

🌐 www.letrasdelsureditora.com

📞 (+54) 9 15 2172 3605



Letras del Sur
EDITORIA

ISBN: 978-987-4441-24-9

Directora: Nora Fabiana Galia

2022 © by Márgara Averbach

Todos los hechos y personajes del texto pertenecen a la ficción. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia. Las marcas, empresas y personas mencionadas a lo largo de la novela son de exclusiva responsabilidad del autor.

Impreso por Virá | Mayo 2022

Hecho el depósito que marca la ley Nº 11723

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografaía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA/PRINTED IN ARGENTINA

1

LOS REMOLINOS

OTOÑO

-

CONSECUENCIAS

Mara

Ella no quiere ver pero ve porque, ¿se puede dejar de mirar en el miedo? Está escondida arriba, del otro lado de la calle, entre las ramas del ombú. Antes, hace mil años, Julieta y ella se subían las dos a la rama gorda que baja hasta casi rozar el suelo y vuelve a subir en ángulo recto. No sabe cómo se acordó de eso. ¿Se puede recordar en el miedo? Por alguna razón, el árbol acaba de compadecerse de ella. De alguna forma, ella no sabe cómo, la llevó arriba, la envolvió entre cientos de hojas verdes, grandes. Y ahora ella está hundida en el tronco, inmóvil, convertida en madera.

Desde que llegó, trata de cerrar los ojos. Pero no puede.

Así que ve.

Lo ve todo.

Lo que la salva (pero no, porque ve y lo que ve es muerte) es llegar tarde. Ella siempre llega tarde. Cuando dobló la última esquina, venía casi corriendo y entonces vio por primera vez las luces y al hombre con la escopeta levantada en el cruce de la escuela. Se quedó muy quieta, un pie en el aire. No supo nunca por qué no retrocedió hacia la avenida. Eran cuatro, cinco pasos, menos tal vez. Podría haber vuelto a casa y entonces, no hubiera visto. Pero no lo hizo.

Como ve, se la llevan también a ella. No tanto como a los demás... pero se la llevan. Ella se miente, se dice que no le pasó nada. Que tiene suerte.

No es la primera vez: hace meses que Mara se miente. Por ejemplo: se repite cientos de veces que las reuniones no tienen importancia. Que son travesuras, menos que eso. Y eso no es cierto. No es cierto y ella lo sabe. A Julieta no le hubiera gustado la palabra "travesura". Mara no se lo dice por eso. A ella sí le gusta. Para ella es útil pensar que todo es una travesura y tal vez es por esa palabra que siguió adelante hasta que fue demasiado tarde para volver y

entonces, giró en redondo y se escondió detrás del ombú y el árbol la levantó y la convirtió en madera. ¿Cómo llegó tan arriba? Nunca lo había hecho antes.

¿Cómo empezó todo eso?, se pregunta. Seguramente Julieta lo contaría de otra manera. Y Luis, de otra. Y así... ¿Para qué fue Luis a la primera reunión? Mara se acuerda de que se le sentó a un costado, se inclinó hacia ella y susurró:

—La verdad, no sé para qué nos molestamos. Si total, terminamos este año...

Hasta el día del ombú, ella olvidó esas palabras. Desde entonces, las recuerda. Porque Luis fue el centro de todo. Él y Julieta. Y Luis lo hizo por ella, por ella, cualquiera que mire las cosas con cuidado se da cuenta.

¿Qué queríamos en realidad?, se pregunta ahora mientras sigue mirando con los ojos demasiado abiertos. Se lo pregunta pero ya en ese momento, detrás de la protección de la rama, sabe que lo está perdiendo todo. Que nunca va a volver a ser la que llegó a la escuela hace unos minutos... Que eso que ve es una herida imposible.

Por alguna razón, ahí, mucho antes de verlo, ya piensa en el Oso. Otro. ¿Para qué va el Oso a las reuniones? El Oso, en la silla de ruedas, siempre quieto, siempre callado. En la escuela, todos se burlan de él, todos pero nunca de frente. Ella también lo hace. ¿Cómo no burlarse del ruidito agudo, metálico de las ruedas de la silla? ¿Cómo no prepararse para la risa cuando una lo oye llegar por el pasillo? Mara y Julieta hablaron muchas veces del Oso. Hasta que empezaron las reuniones, el Oso fue el raro. Y fue el chico por el que el curso entero cambió de aula.

Después, apareció en una reunión. Mara lo piensa en el ombú y decide que el Oso viene a las reuniones justamente por eso: para que dejen de burlarse de él. Más todavía: viene para que le hablen, para que lo quieran. ¿Dónde está el Oso ahora? Ella no ve la silla de ruedas.

Hace frío y Mara odia el frío. Apenas está empezando el otoño... pero este año el frío llegó temprano. La tarde en que empezaron las reuniones, ella se congeló sobre la silla. Ahora se acuerda de eso. Se acuerda de que se dio vuelta y miró a Julieta y Julieta tenía los labios color violeta y las manos metidas debajo de las piernas.

Una vez le dijo que, cuando hace frío, ella no puede hacer nada: ni dormir ni pensar ni escuchar. Nada. Y fue por eso, por el frío, que empezaron a reunirse.

—No se aguanta —le dijo Julieta en un recreo, los labios apretados, las manos fuera de la vista—. Algo tenemos que hacer.

En eso todos están de acuerdo, piensa Mara arriba, en el cielo del ombú. Todos: Julieta, el Oso, Ana, Luis. Hasta los que no iban a las reuniones. Hasta los que decían que los que iban se olvidaban de que la escuela es para estudiar. Hasta ellos se quejaban del frío. Ahora, desde el ombú, todo parece tan corto... ¿Cuántas veces se reunieron? No fueron tantas. Algunas veces en casa de Julie, en la de Luis. Cada vez eran más. A casa de Mara, no llegaron. Mara no se atrevía a pedírselo a mamá. No se atrevería ahora.

Mara mira a los hombres del carretón. Uno de ellos levanta los ojos hacia el árbol y se queda inmóvil. Se oyen órdenes y gritos adentro. El hombre camina hacia el árbol. Ella tiembla y se piensa madera, madera, madera. Y entonces, la ve: una silla de ruedas. Entre las raíces.

El Oso. ¿Dónde está el Oso?

Ella ve cómo se acerca el hombre. Le parece que no tiene miedo. Sabe que ahora es parte del árbol. Que es invisible. El hombre se acerca a la silla. La mueve un poco. Dice algo a gritos hacia los otros hombres, que lo miran desde el otro lado de la calle. Mara no entiende las palabras. Quizá hablan en otro idioma. Quizá desde el árbol, ella ya no sabe el propio, el de siempre.

El hombre levanta la vista y mira arriba. A Mara le parece que la mira directamente a ella. Pero no tiene miedo. Nadie va a verla. Y justo en ese momento, una torcaza asustada sale volando hacia la escuela. El tipo se ríe y empuja la silla hacia la entrada de la casa de paredes rosadas. Dice algo entre dientes.

Después, vuelve a cruzar.

Y entonces, ella ve a los chicos. Los están subiendo a un carretón techado, rodeados de fusiles. Mara mira sin ver. No los reconoce. Es como si se hubiera olvidado de todo. No recuerda la ropa, no recuerda las caras.

El carretón arranca.

Mara se queda inmóvil mucho rato. Le parece que nunca va a volver a moverse. Mueve un dedo y el movimiento la asombra, es

como si fuera magia. Trata de tomarse de la rama. De pronto, quiere bajar. Se ahoga intentándolo como en una pesadilla en la que es imposible correr. En ese movimiento, porque sí, entiende lo que significa esa silla a los pies del ombú.

El Oso. Levanta la vista hacia el árbol y lo ve. Él está muy cerca, en una rama casi a la misma altura que ella, hacia la izquierda. Tiene alas, piensa Mara. Qué estupidez. Lo que tiene el Oso son brazos muy fuertes, mucho más fuertes que los de cualquier otro en el curso. Pero cuando llegue al suelo..., ¿cómo va a hacer para irse si ella no le trae la silla?

Y, sin embargo, no hay palabras. El silencio no se rompe. La voz de Mara está trabada en la rama. Ella va a dejarla ahí, está segura. Baja despacio, como si el hechizo que la mantenía en el árbol se hubiera quebrado en mil pedazos. Y cuando el Oso está otra vez en la silla, lo abraza. En realidad, empieza él. La toma por la cintura (no llega más arriba) y a ella le parece que solamente en ese momento, respira de nuevo. Pero no pueden estar juntos. No ahora. Son parias. Están solos. Cuando llegan a la esquina, no se acompañan. Ella dobla hacia un lado y él, hacia el otro. El día termina pero no va a terminar nunca. Ella lo sabe.

Cuando llega a casa, mamá está loca. Tartamudea cuando habla. La ahoga entre los brazos. Alguien vio algo desde la casa gris, frente a la escuela. Los chicos... Ella sabía que esas reuniones iban a terminar mal... Le grita. Después, llora. Después, nota la falta de palabras y la sacude, le ruega, le susurra, le pide por favor que hable.

Mara dejó la voz en el árbol.

Dos días después, dos días sin noticias, la lleva a ver a la abuela, la médica del pueblo. La abuela le dice a mamá que espere, que la deje. Mara se alegra por eso: en el fondo, se lo agradece. Pero no sabe si la abuela la entiende en realidad. Lo duda mucho.

El único que la entiende es el Oso.

La escuela es otra. Sigue habiendo aulas y alumnos y profesores pero no hay clases. A ella, todo le parece absurdo en ese edificio. Va porque no quiere pelearse con mamá. Porque no habla y con eso es suficiente. La escuela hace como que funciona pero está vacía. Hueca de todo. Ella levanta la mano cuando pasan lista. Es su

único gesto. Ahí tampoco habla. Ni una palabra. Mira hacia delante y no ve. El pizarrón le tapa los ojos.

Al principio, los profesores intentan obligarla. Le hacen preguntas. La llaman aparte, le preguntan. Después, uno por uno, se dan por vencidos. Y ella sabe que tiene permiso para salirse con la suya. Lo sabe: ella y el Oso son el centro del colegio ahora. Todos los demás giran alrededor de ellos como si fueran moscas. Los llaman los “sobrevivientes”. Mara está empezando a odiar esa palabra.

Tienen distintas estrategias. El Oso llega tarde, cuando todos ya se acomodaron en los asientos. Se acomoda cerca de la salida, justo al lado de la puerta. Mara hace lo contrario: desde lo del ombú, llega temprano y se sienta al lado de la ventana, lo más lejos posible de la entrada.

No es el aula de siempre. La que tenían antes del ombú está vacía. Cuando la cambian a la nueva, la dejan elegir el lugar. Y ella elige: un asiento donde está sola, bajo la ventana que da al patio. Sigue sin hablar. No quiere amigos, ahora. Vive en una burbuja de silencio. Ella calla y, a su alrededor, los demás se acostumbran y también callan. Como si ella les diera miedo. A veces, le parece que, a un metro de su cuerpo, hay espinas invisibles que la separan de todos los demás. Pero esa primera vez, apenas una semana después del ombú, la directora la empuja un poquito, con dulzura, hacia delante para que entre en el aula nueva. Le apoya el brazo sobre los hombros. Ella no siente nada. En esos días, no sabe nada de sí misma. Y entonces, Cata, la de Historia, entra al aula, se para junto al escritorio y dice que, si todos están de acuerdo, ellos dos, Mara y el Oso, que son los nuevos, van a elegir dónde quieren sentarse. Todos dicen que sí, por supuesto. Y ella se pregunta si eso no les va a ganar enemigos. Mira a varios. No, no hay odio. Ella ve otra cosa en esas caras: un miedo pegajoso, raro, mezclado con algo parecido a la lástima. Los chicos se levantan todos al mismo tiempo y se atropellan para irse al fondo con las cosas entre las manos, lejos de los bancos y, de paso, supone Mara, lejos de ellos.

El Oso reacciona enseguida. Ella no. Él hace rodar la silla y se acomoda ahí mismo, delante del primer banco, bien cerca de la puerta. Como si estuviera por irse. Después, la mira. Y ella, en

lugar de sentarse con él (que es lo que realmente quiere pero tarda demasiado en darse cuenta), va despacio hasta el fondo, hasta el último banco, el del rincón, bajo la ventana. La ventana es baja..., y eso le gusta. Piensa que tal vez podría salir por ahí si vinieran los del carretón...

Y no es que ella no quiera hablar. No es eso. Sabe que si hablara..., tal vez pasaría más desapercibida. Hablar la volvería más..., más común, más como todos los que la rodean, menos como el Oso aunque el Oso sí habla.

Eso es lo que quiere. Sí, eso: ser común. Ser la que era antes del ombú. Que mamá deje de mirarla, de pedirle que hable, de llorar cuando ella no la está mirando. Ahora sabe cómo se sienten los que son mudos en serio. Porque ella no es muda, muda en serio, ¿o sí?

La única que se anima a acercársele es Cata. Y Cata no le pide que hable. Le hace preguntas, le pone un papel por delante y espera que ella escriba la respuesta. No la apura. No se impacienta. Mara no sabe por qué pero ese intercambio le gusta. Trata de instalarlo con mamá pero mamá se angustia tanto en la espera que la prueba sale mal y Mara no insiste.

Hoy, dos chicos susurran. Se los oye protestar en voz baja por el tiempo que se pierde cuando ella escribe.

—La lengua escrita es más lenta que la oral... —dice Cata en voz alta—. Por ahora, su compañera habla por escrito... No quiero oír ni una sola protesta...

Los otros profesores tienen otra forma de reaccionar: la ignoran. Le inventan la nota..., de todos modos, el año está perdido y todos lo saben.

A la hora de la salida, Mara tiene miedo. No antes, no después, solamente cuando todos empiezan a preparar las cosas, cuando todos se levantan. Después de pensarlo un poco, se le ocurre que el miedo es porque, para llegar a la puerta, hay que pasar por el aula vacía. En los recreos, ella esquiva esa puerta; camina directamente hacia el patio o se va al gimnasio. Pensar que, en un tiempo, esa última aula antes de la puerta le parecía maravillosa, mucho mejor que la del segundo piso (habían empezado ahí y después, había habido que cambiar por el Oso). Había menos para caminar hasta la puerta. Pero ahora, la puerta le llena los ojos y no puede

dejar de mirarla. A veces, siente que la puerta quiere chupársela, que es como un abismo. Tal vez sería mejor si pudiera ver los bancos vacíos, abandonados. Pero la directora tapó el vidrio con papel marrón desde adentro y ella odia ese papel. Ese papel los borra, a todos, a ella y al Oso y a Luis y a Julieta.

El día que les entregan el boletín con notas inventadas, Mara se agacha sobre el anotador que lleva siempre con ella y escribe para el Oso antes de dejar el aula. Es la primera vez desde el ombú que Mara escribe sin que alguien le haga una pregunta, la primera vez que empieza ella una conversación. Pasa delante del Oso que siempre sale último y le deja el papelito sobre el banco. Después, se va sin esperar la respuesta. El Oso tiene que estirarse y agarrarla del brazo.

—Sí, a mí también me las inventaron —dice.

Salen juntos. Ella camina despacio para no dejarlo atrás.

Cata

A veces, se pregunta seriamente por qué sigue yendo a la escuela. Una parte de ella sabe que habría que hacer algo grande para romper el silencio de muerte... Pero ella tampoco hace nada. Nada. Va y les habla de Historia, del pasado que llevó a este presente. Trata de mirar a los sobrevivientes. No solamente a Mara y el Oso. También a los otros seis del curso desaparecido, a los que no iban a las reuniones. Ella también iba y no se siente sobreviviente. No tiene miedo aunque debería. Todo le parece irreal, como un dolor sordo en alguna parte del cuerpo, un dolor al que no termina de prestar atención suficiente, un dolor que no se atreve a pensar del todo.

Para peor, ella sabe lo que debería hacer: debería hablar del tema. Decirlo en voz alta. Pero no se anima. A veces, le da la sensación de que va a golpearse contra lo que flota en el medio del aula, entre el piso y el techo, como una piedra sólida, viva, invisible... Cuando esa piedra madure, se va a caer sobre todos. Cata está segura. Todos alimentan lo que flota, todos dan vueltas alrededor, en puntas de pie. Ella también.

No era profesora en el curso desaparecido y eso es una suerte. Pepe está casi al borde del despido. Trasladaron a otros dos. Ella no sabe qué habría hecho si la hubieran mandado lejos... No quiere irse. Y trabajar lejos de la casa de uno es imposible. Ya casi nadie tiene auto.

¿La escuela? La escuela está muerta. Y, sin embargo, qué paradoja, se está volviendo famosa. Cata huele la sangre en las paredes llenas de letras garabateadas de contrabando, las paredes convertidas en el mar donde flotan mensajes, pedidos de auxilio, de amor, y ahora, gritos de espanto. A veces, aparecen flores en la puerta.

Rodríguez tuvo que irse, claro. Mejor. Cata no lo extraña. Con ese no se llevó bien nunca. Para ese hombre, la Historia era una serie de años como cajones separados. Lo vio tomar lección una vez: decía un año y los chicos tenían que recitarle lo que había dentro de ese cajón en particular. A Cata, el tipo le daba lástima. Odiaba a los chicos y lo decía. Creía que eran instrumentos y que había que saber usarlos. Se lo había dicho más o menos con esas palabras más de una vez. Cuando se supo lo del carretón, fue eso lo que dijo: Y bueno, eran titeres... Idiotas útiles. Pobre Rodríguez, que de profesor de Historia no tenía mucho. Justo él, que estuvo siempre en contra de las reuniones y lo eligen como chivo expiatorio.

La escuela está habitada por un monstruo de piedra transparente, y ese monstruo tiene nombre. Se llama ausencia. En el barrio hay ojos que perdieron la humanidad, ojos que son dolor solamente, ojos demasiado abiertos. ¿Rodríguez? Le echaron la culpa, claro. Lo asustaron, lo persiguieron, le dejaron mensajes en papelitos en sala de profesores y en su casa. Se fue apenas pudo. Seguramente, tenía buenos contactos. Cata no lo extraña. Le parece irónico que haya sido él el que se fuera. Y en el fondo, se alegra. Ella necesita el trabajo.

En los días en que lo único que hay en el aire es cansancio, se dice que no sabe por qué va a la escuela pero no es cierto: va por los chicos. Todos los chicos pero sobre todo los “sobrevivientes”. Habla para ellos pero ni siquiera piensa en lo que dice. Trata de hablar del pasado reciente, de las razones por las cuales ya no están los gobiernos nacionales de los siglos XIX, XX y principios del XXI. Cuenta el crecimiento de los municipios, la forma en que se convirtieron en Sectores. Lo dice casi en automático, sin pensar mucho. Para los sobrevivientes. Habla de Historia así, al pasar, como si, por primera vez en la vida, no le pareciera un tema importante. Las palabras son las de siempre: agotamiento de la Tierra, sobreexplotación de los recursos naturales, falta de

combustibles, temperaturas extremas, inundaciones constantes, cambios sociales. Mientras habla, siente que lo que dice no tiene sentido, que la voz que le sale entre los labios no es del todo suya... Y se queda, se queda por algo más que el dinero... Lo cierto es que no puede irse. No puede abandonarlos. Pero no se siente conforme con lo que hace.

Está haciendo las cosas a medias. Es eso.

¿Qué hicieron los chicos, al fin y al cabo? ¿Qué hizo ella? Porque ella también iba a las reuniones... Y las reuniones eran sobre un tema tan..., tan chiquito. Energía solar, calefacción. Ella no se arrepiente. En el presente, la sola idea de reunirse por algo es para aplaudir, eso cree. En lugar de pedir calefacción cuando ya nadie la tiene excepto los edificios del gobierno brutal de la Municipalidad del Sector, el grupo de las reuniones pensó en hacer algo más local: energía solar. Algo que pudieran planificar y armar de alguna forma los profesores de Ciencias. A ella, eso le había parecido el principio de una esperanza en un momento en que la esperanza era muy escasa... Ahora pensaba que tal vez, lo que estaba prohibido era justamente la esperanza.

Sí, ella también había ido a las reuniones. Y sí, volvería a hacerlo.

Rodríguez estaba equivocado: los chicos no eran títeres. Las reuniones las habían empezado ellos. Ella lo había visto con sus propios ojos. Y esa última tarde, no había ido... Problemas con Pepe, necesidad de sentarse con él y hablar... Había faltado... Pensarlo le daba vértigo.

Ahora charla con Mara. Se concentra en eso. Es una conversación desapareja: ella en voz alta, la nena en los papeles. Por dentro, el tiempo de espera mientras Mara escribe la impacienta bastante. Pero es importante así que ella espera y sonrío. Los otros profesores ignoran a esa nena lastimada. La reducen a las pruebas: se lo dijeron directamente en una reunión. ¿De qué sirve una alumna a la que no se le puede hacer una pregunta? Pero Cata siente que eso es lo único útil en su clase: esas charlas. Aguanta y sonrío. Espera que Mara no note la irritación.

Le asusta no animarse a hablarle a solas, a preguntarle directamente cómo está, qué quiere. Anoche trató de ver qué pensaba Pepe. Él

siempre la ayuda en ese tipo de cosas: Pepe tiene una cabeza sólida y compasiva. Por eso están juntos. Pero anoche... Cenaban como siempre y como siempre, él hablaba del trabajo, de cómo el trabajo se le va cayendo de a poco porque todo se cae. Todo. Ella lo escuchaba. Le gusta escucharlo y además, ayer, él lo necesitaba. Cuando el tema se perdió en la nada, ella preguntó, en el silencio:

—¿Por qué no hablamos del quinto?

Pepe hizo gesto y retrocedió. Ella está segura: retrocedió sentado, retrocedió con todo el cuerpo, como alguien tocado por el fuego..., o por el espanto.

—¿Qué sentido tiene hablar? —susurró; la voz baja, como avergonzada de las palabras.

—El sentido son los que quedaron, Pepe. Yo los veo —dijo ella, la voz baja también pero impaciente—. Hay una nena que no habla. Ni una palabra. Ni una.

—Pero el asunto es que yo no puedo hablar de eso —dijo él entonces y repitió, muy despacio—: No puedo.

Era sincero, tenía derecho... pero ella nunca se había sentido tan sola.

Cata tiene un sistema para hablar con Mara. Pero no sabe si está bien. No sabe nada en realidad. No sabe si es bueno aceptar que la palabra hablada está fuera del alcance de la nena. No sabe si no sería mejor obligarla a decir. Lo hace porque ninguna otra cosa le parece posible: ella habla, Mara contesta por escrito. Sí, No, Bueno, Vamos. Alguna vez, una oración entera.

Hasta cierto punto, funciona.

Pero mientras tanto, veintidós. Veintidós que no están. Cata siente que ese número le resuena en la mente. Lo repite en todas partes con los labios cerrados. Se pregunta si lo que pasó se sabe fuera del Sector. Se pregunta cuánto están dispuestos a aceptarlo todos: ella, los demás, en la Capital. ¿Cuánto? Porque hay muertos. Cata está segura. No van a volver.

A diferencia de Pepe, ella no puede dejar de dar vueltas alrededor del asunto. Por ejemplo, se pregunta si quiere saber lo que pasó. Ella, los otros chicos, los que ella se cruza en la calle, ¿quieren? Tal vez es mejor no saber. Y tal vez, ya saben todo lo que hay

que saber: basta con mirar a los que sobrevivieron. No es que ella los conociera mucho de antes. Los miraba pasar por el pasillo, un grupo ruidoso y desafiante, parrandero sí pero parrandero serio, como los definió la directora en alguna reunión. Seis de los que quedaron de “el quinto” ni siquiera iban a las reuniones. Eran los seis que estaban en contra. Tal vez por eso siguen en el barrio.

Esta noche, Pepe duerme y ella no quiere despertarlo. ¿Para qué? Él no quiere hablar. Ella está sola. Piensa, los ojos abiertos en la oscuridad. Siempre le envidió ese curso a Rodríguez. Años de docencia y sigue sin entender por qué los grupos son tan diferentes. La misma escuela, las mismas edades, y los dos quintos del colegio son..., eran..., tan distintos. A ella le tocaron los otros, los que no tenían ganas. Nunca se llevó bien con ellos. Por empezar, no les interesa la Historia. Con ellos, la clase es rutina solamente. Una rutina resignada. Y lo es sobre todo ahora, porque ahora nada tiene sentido. El mundo acaba de terminarse y todos hacen como si no se dieran cuenta.

El quinto B, el de Rodríguez, en cambio, la conocía bien: seguramente por eso, la invitaron a las reuniones por la calefacción. A ella, no a Rodríguez. Ella fue, por supuesto. Una maravilla, los chicos. Qué irónico: Rodríguez se hubiera llevado mejor con el A. Hubiéramos debido cambiar de curso, así, sin pedir permiso, piensa Cata en la noche. Cambiar cuando había dos quintos, cuando todavía era posible.

Los otros, los que no iban a las reuniones, tiemblan apenas, tocados pero no muy adentro. Los dos sobrevivientes verdaderos (los que sí estaban en el grupo, los que la invitaron) están envueltos en una adultez paralizada. La sostienen alrededor de esos cuerpos jóvenes como una capa, como un escudo. Hay momentos en que a ella le da miedo mirarlos. Mara. El Oso. La nena lo muestra con mayor claridad con esa mudez perpetua pero el Oso también cambió: Mara está como detenida; el Oso parece lanzado hacia delante a toda velocidad como si quisiera estrellarse.

Cata sabe que tiene que hablar con ellos. Hablar en serio. Pero no sabe cómo.

Estira la mano hacia la silla que usa como mesa de luz y levanta el papel. Se lo pasaron esa mañana en medio del remolino de la

salida (que ahora es movimiento solamente, movimiento sin sonido porque muy pocos hablan; es como si todos estuvieran esperando alejarse para soltar lo que tienen detrás de los ojos, ese algo que es mucho más duro y filoso que las lágrimas). Cata no supo quién se lo había pasado pero de pronto tenía ese bollito de papel caliente, húmedo de transpiración, entre los dedos. “Hay que hacer algo!!!”, decía, y ella, que no ve nada en la oscuridad, sonrío y corrige como siempre. Le faltan los tres ¡¡¡ del principio, piensa.

No importa quién fue, se da cuenta de pronto. Tiene razón, sea quien fuese.

Cata no tiene muchos amigos. Mira la silueta dormida de Pepe. No va a contarle nada de esto, por lo menos no al principio. Pepe dijo que no puede. Se pregunta lo que esas dos palabras son capaces de hacerle a la pareja, a la vida que tienen desde siempre.

El Oso

Todos lo dejan pasar. El camino se le abre como por arte de magia. Eso sí que es nuevo. Antes se le cruzaban a propósito, algunos hasta lo empujaban un poquito o se hacían los sordos cuando él decía permiso. Antes, se imaginaba que lo dejaban pasar así y le gustaba. Ahora quisiera volver atrás.

Papá está preocupado. Habla de imposibles: una noche, hace poco, lo miró y le preguntó si no le gustaría cambiar de Sector, intentar un pase. Esta mañana, insistió:

—En unos meses nos vamos.

Lo dijo así, con una seguridad absurda y absoluta. El Oso sabe que es mentira. Nadie cambia de Sector sin ayuda. No hay peligro de que pase. A veces, en la Municipalidad, en Suministros, algún profesional consigue salir de Los Remolinos. Los profesores también. La de Historia estuvo en otras partes. La médica, la abuela de Julieta, también. Papá no puede, no tiene contactos. El Oso sabe que no van a irse y le da vergüenza que el viejo diga eso.

Sabe que está acelerado. El cambio en el mundo lo perturba. Él no sabía que las cosas pudieran cambiar de esa forma. Hace poco, vivía en el mejor de los tiempos. Lo habían invitado a las reuniones. A él, sí. A su silla de ruedas. Se acuerda de haberse quedado inmóvil, las manos sobre las ruedas, tratando de detectar la burla,

la lástima. Pero no, lo que oía era una invitación. La voz de Luis era la misma que usaba con sus amigos. El Oso dijo que sí.

La sensación le da miedo pero se lo confiesa: incluso después del ombú, se siente mejor que antes del momento en que Luis puso la mano en la silla, lo miró a los ojos y lo invitó. El Oso no entiende por qué razón el espanto de lo que vio desde el árbol no le borró esa alegría extraña que ahora palpita en el centro del miedo. Los que subieron al carretón no vuelven. Ninguno. Él los vio subir a empujones..., vio la cara del hombre que se acercó al árbol. Se odia por preferir este tiempo terrible y no aquel otro, cuando estaba solo. Porque él siempre fue un extraterrestre. Por la silla, por supuesto pero no solamente por la silla. La silla es solamente una forma de decirlo. Ahora le abren paso y lo miran a los ojos. Y eso es bueno. Antes no hubiera podido decir el color de los ojos de nadie.

La única excepción era la de Historia. Ella siempre lo trató como si tener ruedas en lugar de pies fuera algo bastante común. Siempre lo trató como a otro chico. Cata es distinta. Le sonreía en los pasillos con la misma sonrisa que dedicaba a los demás, le abría paso desde siempre. Él la quería por eso aunque nunca hubiera sido su alumno. Y ahora, ahora que la tiene de profe, cosa rara, no parece buena. Él la ve confusa, confundida. Es evidente que no sabe qué hacer con él y con Mara, y eso, a él, lo pone nervioso.

En estos días, él sueña mucho. Papá le dice que a veces lo oye gritar de noche. Cada dos, tres noches, el Oso abre los ojos, asustado, y lo descubre de pie al lado de la cama. No se acuerda de los sueños. Lo único que le queda es la conciencia de haber estado en un lugar terrible, bajo tierra. Eso y la sensación de ser más chico de lo que es. De tener menos años. Para peor, papá tampoco sabe qué hacer... Como Cata, le da vueltas alrededor.

Tal vez por eso, él no le cuenta todo.

Por ejemplo, no le dijo que él y Mara saben de dónde vino el carretón. Él lo había visto antes, estacionado en la Municipalidad, y era tan grande, tan pesado que se preguntó para qué serviría. El recuerdo de esa imagen lo asusta ahora, como si fuera parte de sus pesadillas. Mara también pasaba por esa esquina camino al colegio así que él sabe que ella sabe. Está mal Mara. Presta menos atención que él. Tal vez es la soledad de antes: lo cierto es que él está

acostumbrado a cuidarse. La silla lo exige y él está en esa silla desde los nueve años. Para ella, todo es nuevo. Y eso, al Oso lo conmueve.

Mara siempre le gustó. La miraba desde lejos; veía cómo ella se llevaba el mundo por delante; veía cómo se le caía todo de las manos, porque ella es torpe... Eso le hacía gracia: era como si ella también estuviera en una silla y no se diera cuenta; o peor, no supiera usarla. Desde lo del árbol, tiene ganas de hablar con ella, de decirle lo que vio para compararlo con lo que vio ella. Pero ella no habla.

Rodríguez nunca le gustó como profesor y menos como persona... pero, a veces, el tipo decía cosas importantes. Por ejemplo: que nunca nadie ve una cosa exactamente igual que los demás. El Oso se acuerda de la clase en la que dijo eso: entró con un libro y leyó una carta de amor. Después, les pidió que la comentaran. Algunos dijeron que les daba risa el lenguaje..., que era “de viejos”. Mara dijo que le había gustado mucho la forma en que el hombre le hablaba a la mujer. Para otros, el escritor era un exagerado. Alguien usó la palabra “meloso” y se rio. Rodríguez escuchó todo con mucha atención y, al final, dijo que el autor de la carta era uno de los presidentes de los tiempos en que el país era uno solo, uno de los que aparecen en los libros de Historia. Y entonces, las opiniones cambiaron. Y Rodríguez dijo que cuando se ve o se escucha algo, la opinión que se tiene depende de muchas cosas. Por ejemplo, saber que el autor era ese presidente había cambiado la forma en que todos leían las palabras. Por eso, él necesita preguntarle a Mara qué vio ella en el ombú. Pero no puede. La pregunta es imposible.

Y es que él viene de otra parte. La verdad es que las reuniones le interesaban poco cuando entró. El Oso no es friolento. Los oyó hablar del tema en el pasillo y pensó: “no hay calefacción, qué novedad, si no hubo nunca”. Aceptó la invitación de Luis por otras razones. Se le ocurrió que por ahí podía pedir rampas para llegar a la Biblioteca, lugar que nunca pisó. Siempre tiene que pedirle a alguien que le traiga libros. Pero sobre todo aceptó porque si iba, si iba tal vez lo invitarían a alguna casa, tal vez dejarían de atropellarlo en los pasillos. Y el día del ombú, llegó tarde. Le gustaban las reuniones pero a veces, pasaba horas tratando de decidir qué ponerse.

Y después, pasa.

Una tarde, salen del aula nueva al mismo tiempo, él la mira desde abajo y le dice:

—¿Qué viste ese día, Mara?

Ella no contesta, claro. Desde el carretón, está muda. Tal vez por eso, él le habla así, sin saludo, sin pensar, lo más rápido posible. Tal vez porque es la única forma posible. Ella no dice nada pero va con él hasta la esquina y se sienta sobre la pared baja de la casa frente a la escuela. Y entonces, saca un papel del bolsillo, un papel arrugado, y escribe. Él levanta la vista y se da cuenta de que eligieron ese lugar porque desde ahí no se ve el ombú.

Ella escribe y escribe. El papel arrugado es difícil de leer pero ahí está. Cuando él lo lee, se da cuenta de que ella no vio lo mismo que él. Mejor, piensa el Oso. Por ahí, se dice, por ahí yo soñaba cuando vi que los guardias golpeaban a Luis. Por ahí esa parte *no* es cierta. Por ahí, me lo imaginé.

El Oso descubre que no es tan difícil conversar así, papel a sonido, sonido a papel. Y ahora que empezaron, ninguno de los dos sabe cómo parar. Necesitan más: al día siguiente, faltan a clase los dos juntos. De todos modos, la escuela ya no sirve, no existe. Murió en el árbol.

Para el Oso es la primera vez: nunca faltó así antes. Se encuentran a dos cuadras. El Oso la saluda desde lejos. Le sonrío cuando ella lo mira (ella no, es como si se hubiera olvidado de cómo hacerlo). Mara hace un gesto no hacia la escuela sino hacia el otro lado. Hacia el centro.

Se van juntos.

Cuando llegan a la plaza, Mara se sienta en un banco frente a los juegos, abandonados hace años porque no hay dinero para arreglarlos. Se sienta en la punta y él pone la silla como una continuación del banco, sobre el pasto medio seco.

Ella lo mira a los ojos. Lo escucha. Comparan recuerdos. Voz, por un lado, papel por el otro. Es mucho más fácil de lo que esperaba el Oso. Ella tiene papeles (arrugados todos, siempre) y una birome. Lo mira a los ojos, lo *ve* por primera vez, lo escucha en serio. Comparan recuerdos. Ahora que empezaron, no pueden dejar de hacerlo. El papel se va llenando de letras, se puebla de a poco hasta que parece un laberinto.

El Oso cuenta por primera vez la invitación de Luis. Y como siempre, cuando lo pone en palabras, entiende más.

—Ni siquiera fue por eso que dije que sí, Mara —dice, la vista fija en el suelo.

Porque ahora se da cuenta de que la razón ni siquiera era el grupo. La razón era Luis. Él siempre le anduvo atrás a ese chico alto, ruidoso, a ese centro de todo. Algunas noches, el Oso soñaba que era Luis y ese era el mejor de los sueños. Por eso, la invitación, las palabras dedicadas a él, fueron como tocar el cielo con las manos. Todo eso le cuenta a Mara en el banco, con la Municipalidad ahí enfrente, los portales abiertos como si quisieran tragarse el mundo.

Mara sabe más. Era tan amiga de Julieta... Sabe que Luis y Julieta andaban medio juntos, que Julie es muy friolenta. *Yo dije que sí enseguida, claro*, escribe Mara, los ojos en el papel. *Yo siempre estoy con Julieta...*, es como vos con Luis. Pero Mara no entiende: no había nada de “siempre estoy con” entre Luis y el Oso.

Raro. Hasta ese momento, el Oso pensaba que las confesiones de las chicas eran increíbles, muy pero muy raras... Oyó más de una en el patio cuando era invisible. A veces se acercaba a dos chicas y escuchaba. Y estaba más que convencido de que no hay por qué poner tantas palabras en el aire. El ombú también cambió eso: ahora él sabe que Mara y él se parecen. Más allá de la silla de uno y las piernas de la otra, los dos, él y Mara quieren ser otros. Y ahora esos otros ya no están.

El Oso empezó a ir en la tercera reunión. Llegó tarde, cuenta pero eso no era novedad, siempre llegaba tarde. Él llega tarde como parte de una estrategia, llega tarde porque no quiere que lo miren. Por eso, lo del ombú.

Silencio en el viento, silencio en el papel.

Los otros, escribe Mara de pronto, la letra apretada, difícil de leer, *los que estaban en el B y no iban a las reuniones. Yo no los saludo, no les escribo. No puedo.*

El Oso la mira. Otra vez esa alegría fea, vergonzante: él tampoco habla con esos seis. Él tampoco puede. Por eso están los dos en la plaza a la hora en que deberían estar en la escuela. Por eso. Porque siguen respirando juntos sobre dos ramas del mismo árbol, lejos del suelo, lejos de las nubes. Solos. Separados de todo.

Pero no vieron lo mismo. El Oso vio golpes. Vio a un chico, ¿Daniel?, arrastrado por el brazo. Le parece que oyó gritos. Mara vio el carretón, las armas, los empujones. No oyó nada. Nada de nada, escribe, ni siquiera las bocinas del semáforo. Se quedó sorda.

El Oso baja la voz y dice:

—Somos como un rompecabezas —porque él vio una parte y ella otra. Y las dos tienen más sentido si se las mira juntas. Él, en el centro; ella, en los márgenes. Y entonces, bruscamente, mientras lo dice, un miedo grande le cruza el cuerpo como un golpe en la boca del estómago.

Sí, escribe ella; los ojos brillantes. Tenés razón. ¿Pero qué hacemos con eso?

Esa es la pregunta. El Oso contesta rápido, muy rápido, mientras mira alrededor a la plaza vacía:

—Nada —dice—. No hagamos nada. No se puede hacer nada. No hay nada que hacer. ¿Vos se lo contaste a alguien? ¿Lo del ombú? No podemos ni contarle.

Y entonces, ella lo sorprende. Lo mira con una furia nueva, se levanta despacio del banco y se va caminando.

Al día siguiente, van a la escuela. No se miran. El miedo sigue ahí, tan fuerte como esa tarde cuando él volvió de la plaza, encogido en la silla, mirando atrás. La distancia entre el ombú y la casa le pareció infinita. Últimamente, papá lo va a buscar a la escuela. Tiene la sensación de que no hubiera sabido volver solo.

Ese día, el primero después de la conversación con Mara, empieza a escribir en un cuaderno que sacó de la pila del armario de papá. Es como si se hubiera convertido en Mara. No dice nada sobre el ombú. Escribe en un lenguaje de telegrama: *Soledad. Nadie habla conmigo. Hace menos frío hoy*. No lee. Necesita poner esas palabras sobre papel como si ponerlas ahí las borrara para siempre.

Mara lo espera en la puerta, a la salida. Eso lo toma por sorpresa. Levanta la mano en el aire y dice:

—No puedo charlar. Me vienen a buscar.

Ella tiene la mano en el bolsillo grande de la campera y él se pregunta si no guardará los papeles y la birome ahí dentro. Lo mira, se encoge de hombros, después se da media vuelta y se va pero no hacia su casa.

Papá está de pie en la esquina.

—¿No vas a tratar de alcanzarla? —pregunta papá. El Oso hace que no con la cabeza. Y la cosa empeora: en el camino a casa, papá le dice (sin mirarlo) que los siguió y los vio charlando en la plaza.

El Oso trata de entenderse. Está furioso..., claro que está furioso pero también hay alivio.

—No sé qué pasó recién —dice papá— pero..., no sé, esa chica te hace falta.

Y lo peor es que es cierto.

El Oso da media vuelta y sigue a Mara, aferrado a un impulso tan frágil como él. Cuando llega a la esquina, se da vuelta y ve al viejo, de pie donde él lo dejó, con algo parecido a una sonrisa en los labios. Desde el ombú, el viejo está más encogido, más flaco que antes.

Le lleva dos cuadras alcanzarla. Y eso porque ella lo espera cuando lo ve venir. Tal vez, piensa el Oso, desde lo del ombú, no hay lugar para el rencor. Caminan juntos sin hablar, sin saber adónde van. Después, de pronto, ella se da vuelta, saca unos papeles del bolsillo, los apoya en el brazo izquierdo y escribe, la letra más fea y difícil de leer que antes:

No sé adónde. A mi casa no. Mamá.

El Oso entiende. Pero ella tiene más para decir.

Con tu viejo. Cata dice que él entiende. Dice que están pensando en hacer algo. Con otros padres.

—Papá nos siguió —dice el Oso porque hay que decirlo.

Ella escribe.

¿Y qué? No le contabas. Estaba preocupado.

Cierto de nuevo. De pronto, el Oso entiende su propio alivio. Pero no sonrío. No puede. En ese momento, pasa junto a los dos un chico en bicicleta. Anda sin manos, los brazos cruzados, las piernas fuertes, poderosas. Las ruedas chillan un poquito. El Oso cierra los ojos. No. No va a llorar. No delante de Mara. Siente que es el chico de la bici, vuela con los brazos cruzados. Vuela hacia atrás y el mundo es otro y el ombú no pasó todavía y él no necesita la silla y va a casa y todo está bien y Mara le sonrío y él es el Oso pero sin silla, el Oso sin recuerdos amargos. El Oso que se parece a Luis en los sueños.

Después, se inclina sobre la silla y llora sin ruido, las manos sobre la cara y como no quiere llorar, da media vuelta la silla para irse,

para volar de vuelta a casa. No lo hace. Ella, Mara, se inclina hacia él y él siente las manos de ella en los hombros, siente el abrazo cuando el abrazo ya está ahí, cuando ya empezó, como si acabara de despertarse. No sabe cómo, cuándo pero él también la toca, la acerca un poco, y ahora, están juntos con el apoyabrazos entre los dos y es como si se sostuvieran.

Y entonces, le llega la voz de ella —es la primera vez que la oye desde el ombú—, un susurro, sin sonido, apenas aire que se hace palabra en la boca, respiración con sentido.

—No, no te vayas.

Solamente eso.

Pesadillas

Mara

Empiezan siempre de la misma forma: en la vereda, frente a la escuela. Ella llega corriendo desde la plaza y ve el carretón gris, ve a Luis que sube; alguien le apoya un arma entre los omóplatos. Cuando está despierta, ella no recuerda haber visto eso pero así lo sueña. Ve susurros en los labios de los otros pero no oye nada. Todo es silencio. Hay una luz azul en el aire.

A partir de ahí, cada noche, la historia se abre y cambia.

Una vez, un guardia se da vuelta y la mira. Y en ese instante de terror frío, detenido, ella salta y llega hasta la rama del árbol, la misma que la protegió ese día, apoya la frente en la madera tibia y trata de no abrir los ojos. Sabe que, si no los abre, todo va a estar bien porque ella es árbol. Es madera. Y entonces, respira y el sueño, que era pesadilla, se vuelve hermoso. El aire llega a los pulmones. El aire es fácil de alcanzar.

Otra vez, ella trepa por las ramas pero sabe que los guardias la están mirando. Que la dejan hacer para divertirse. Tal vez quieren verle las piernas (¿por qué, por qué está desnuda?, se pregunta, ¿cómo pudo olvidarse el pantalón esa mañana?). No se da vuelta. Grita sin mirarlos. Apenas deje de moverse van a dispararle y ella nunca llegó tan alto, no sabe si el árbol la sostiene todavía, no sabe si se respira en la altura. Cuando se despierta, está gritando. Mamá viene siempre a la carrera desde la otra pieza pero esa vez no llega todavía.

Una noche se despierta de una pesadilla que empezó como todas. Alguien está entrando en el dormitorio y entonces, Mara se da vuelta (tiene la cara contra la pared). Piensa sonreírle a mamá y decirle “no es nada”. Pero esta vez no es mamá. Son dos hombres vestidos de azul oscuro, como los guardias del carretón. No tienen ni ojos ni boca ni nariz. Son detrás de una tela en blanco. A Mara le cuesta abrir los ojos. Grita otra vez. Grita en el sueño y sigue gritando en el mundo porque todavía no está segura de haber llegado a la almohada verdadera.

Un día frío (ya se levantó a agregar una frazada), apenas el sueño la lleva hasta la vereda, ve que allá adelante todos suben al carretón. La están dejando sola y eso la aterroriza. Quedan solamente ella y el Oso, que viene desde el otro lado, en una silla de ruedas rojas que ella no conoce. Mara corre, corre con el ritmo lento de los sueños, y cuando pone un pie en el escalón de madera de la carreta y sonrío y mira hacia arriba, ya no está subiendo a un carretón. Lo que la espera arriba es el mar, un mar enloquecido. A ella el mar la aterroriza así que trata de retroceder pero la silla del Oso le cierra el paso y ella grita para que él se mueva, para que se aleje pero ya no es el Oso, es mamá que la abraza y la consuela y la mueve un poquito para despertarla y repite las dos sílabas del nombre, Mara, Mara, como si el nombre fuera una palabra mágica capaz de arreglarlo todo.

Cata

Las pesadillas de Cata empiezan el primer día en que va de casa en casa para hablar con los padres. Los sueños no se parecen unos a otros pero, de pronto, ella empieza a tenerle miedo a la noche y de día, a veces, se despierta en una esquina y no sabe cómo llegó. Pierde partes de su vida.

Está asustada. Eso le dicen las pesadillas. Cuando va de puerta en puerta, juraría que eso no es cierto. Que ella no tiene miedo. Que nunca lo tuvo. Al principio, ni siquiera habla de hacer algo. Solamente se sienta a conocer a las familias, ve cómo reaccionan. Y en esas charlas no pasa nada malo. Pero de noche, algo la traiciona. De noche, tiembla.

En uno de los sueños, está de pie sobre el umbral de una caverna que tiene un “NO ENTRE” en letras brillantes suspendido sobre

la negrura. Está prohibido hacer lo que ella está haciendo pero ella cruza el umbral y da un paso tras otro y, cuando la cubre la sombra, la salida se le cierra detrás de la espalda. Ella grita y se despierta y tiene que abrir las sábanas, levantarse, salir de la casa porque de pronto, las paredes están demasiado cerca.

Una vez, sube por una escalera de madera raída y en algún punto, bien arriba, ve que falta un escalón. Mira hacia abajo y ve un río que corre entre altísimas paredes de piedra. ¿Por qué no baja? ¿Por qué no retrocede hasta el punto urbano, familiar, en que empezaba todo? Quiere hacer eso pero el sueño no la deja. Levanta el pie para saltar la madera rota y entonces ve que, por debajo del pie, la escalera se está derrumbando. Grita. El grito la despierta y ella tiembla en la oscuridad. No quiere volver a dormirse.

Por eso, duerme poco y, cuando toca las puertas de los padres, la voz le sale muy alta, como un alarido, o demasiado baja, como un susurro. Algunos se inclinan para oírla mejor, otros retroceden un paso. Alguno que otro le cierra la puerta en la cara como se hacía en un tiempo con los vendedores ambulantes.

Uno de los sueños se le graba en la memoria aunque solamente lo tiene una vez. No es particularmente horrendo, nada lo distingue de los demás pero cada tanto, mientras camina entre una cuadra y otra, se le aparece en los ojos, como si los tuviera cerrados, y cuando eso pasa, el sueño la separa del mundo, la envuelve en algo más sólido, más pegajoso que el aire. La ahoga.

Está en la orilla de un mar amarillo con olas gigantescas. El mar es playo, sigue igual hasta la otra orilla, allá lejos. Ella lo sabe como se saben ciertas cosas en los sueños. Son diez, doce días de viaje con los pies metidos en un agua breve. Diez, doce días sin nada que tomar excepto lluvia, sin nada que comer excepto lo que ella lleve en las manos o se ponga en la mochila. Es un viaje imposible pero ella está por hacerlo. Lo que la asusta no es la agonía de la sed, tal vez porque en los sueños las agonías son siempre súbitas: lo que la asusta son las olas. Las montañas de líquido amarillo que van a derrumbarse sobre ella si hay tormenta. ¿Puede no haber ninguna tormenta en diez, doce días? No. Es mejor no viajar. Puedo quedarme de este lado, se dice en el sueño. Pero los sueños toman sus propias decisiones y de pronto, ella camina y la orilla queda cada

vez más lejos y el cielo se oscurece. Ella mira las nubes, se despierta y la pesadilla finge soltarla.

Pero no es verdad. La imagen no la suelta. Del todo, nunca.

El Oso

El Oso sueña que corre. Que las piernas le responden como antes. Hay algo mágico en ese movimiento. Cuando él corre, los sueños son sueños, no pesadillas. Él tiene diez años. No sabe lo que es una silla de ruedas. El problema es que, en el sueño, él sabe lo que sigue. Sabe que algo está por morderle las piernas.

Después, está en una silla, una silla arruinada, inmóvil. Él apoya la mano en un árbol y, cuando lo mira, el árbol es el ombú. Entonces, se despierta.

Excepto por el ombú, podría haber tenido cualquiera de esos sueños antes del carretón, antes de las reuniones y la escuela y los guardías y las patadas y la cara de Luis contra el suelo.

Pero el ombú existe. De eso, se trata.

CAUSAS

Julieta

Por fin algo que le gustaba en la escuela, algo que rompía esa sensación densa, insoportable, de aburrimiento, de rutina. Julieta necesitaba entusiasmo. Toda su vida giraba alrededor del entusiasmo.

Por suerte, no era difícil entusiasmarla. A ella, la sonrisa le venía a los labios por muchas razones: sonreía por los colores de la primavera en las calles, por un libro que le daban en la escuela y la sorprendía, por una historia nueva que le habían contado. Durante años, le había bastado con eso. Y entonces, un día, levantó la vista y miró un poco más lejos. ¿Qué iba a hacer ella cuando terminara la secundaria? La pregunta la deshizo.

Siempre había supuesto que estudiaría algo, como la abuela en tiempos en los que, según se decía, era un poco más fácil viajar. A Julieta le gustaba sentarse a charlar con la abuela sobre esos tiempos y la abuela siempre estaba dispuesta. Aurelia era una mujer alegre y el interés de Julieta por el pasado le llenaba los ojos de algo líquido y brillante y joven. A veces, ella fingía interés en cuestiones científicas para provocar ese brillo en la mirada de papá. Pero con Aurelia, no necesitaba fingir: los cuentos de la abuela la llevaban a un espacio completamente diferente y ese espacio la emocionaba. El brillo era la yapa.

La abuela era médica. Había vivido varios años en el Sector Capital y después había vuelto a Los Remolinos. Aunque cada vez se quejaba más del cansancio, de la falta de recursos, de que la salita no tuviera infraestructura para casos graves, de la burocracia necesaria para derivar esos casos a Capital o algún otro Sector con hospital. Decía que antes, los kilómetros entre Los Remolinos y Capital se atravesaban todos los días y las consultas entre médicos eran cotidianas. Ahora, cuando pensaba en el futuro de Julieta, se asustaba. Julieta se encogía por dentro cuando lo oía. Después, con el tiempo, se acostumbró a no oír ese comentario, a dejarlo pasar.

El día en que el de Física, habló de la forma en que usaban la energía sola en otros Sectores en los que él había enseñado, a Julieta, muerta de frío en su banco, se le ocurrieron dos cosas: que ser maestra era una buena idea si quería viajar y que lo de la energía solar era fabuloso. En ese tiempo, se decía que la falta de calefacción era el primer problema de su vida. El otro, el que no quería confesarse, el que se negaba a recordar frente a la abuela, era la idea de que tendría que aceptar el plan familiar y dedicarse a la panadería. De vez en cuando, pensaba que no, que no. Que se haría maestra. Lo único que la asustaba de eso era la idea de que, según el de Física, los profesores no volvían nunca a los Sectores que dejaban atrás. Y ella siempre había pensado en quedarse en Los Remolinos. Viajar sí. Pero también volver.

Ese día, alcanzó a Luis en la calle. Él se había ido directo al trabajo, como siempre. Caminaron juntos hasta el taller de ruedas y herrería. Era la única forma de charlar: Luis no tenía tiempo para quedarse dando vueltas en la puerta. A Julieta, Luis le gustaba mucho. Y Luis era amable. Pero con ella, nunca pasaba de Hola. Hasta la clase del de Física, ella no había sabido cómo acercársele. Él no era parte de su grupo.

En los Sectores, como viajar era tan difícil, los grupos se formaban por cercanía geográfica y Julieta era del centro. Su abuela era la doctora. Luis, en cambio, venía de más lejos. Caminaba más de veinte cuadras para ir a la escuela y más de veinticinco hasta el taller donde trabajaba. Julieta lo había seguido dos veces. A ella no le preocupaba volver tarde a casa. Nadie le pedía explicaciones. Y ella no pensaba decirles que sus excursiones la llevaban tan cerca del Alambrado.

Esa tarde, la tarde en que nació el grupo, Julieta siguió a Luis un tiempo antes de acercársele. Para obligarse a hablarle, le gritó justo al llegar a la avenida. Luis se dio vuelta y le brillaron los ojos verdes y ella corrió mientras trataba de encontrar las palabras. Luis la esperó en medio de la calle de adoquines antiguos sobre la que se abrían casi todos los negocios de Los Remolinos.

Luis tuvo paciencia. Se le hacía tarde y, sin embargo, tuvo paciencia. Ella mezcló los tiempos y los deseos, las razones y las excusas. Habló del frío y de lo que había dicho el de Física. Dijo “hay que

hacer algo”. Explicó. Tal vez hubiera debido ensayar algo mientras corría, antes de irse de la escuela, y falta tan poco, ¿no sería bueno dejar en marcha un plan de calefacción solar para esas aulas congeladas? El odio al frío era parte de la razón para hacerlo pero había más. De pronto, ella quería dejar huellas en la escuela. O tal vez, era la necesidad de tener raíces antes de salir volando.

No supo cuándo pero en algún momento, se quedó callada: las palabras, un remolino de ideas desordenadas a su alrededor, un gesto de impotencia en las manos. Luis miraba hacia delante, sin dejar de caminar. Pero había escuchado.

—No entiendo por qué venís a decirme esto a mí...—dijo en voz baja, como para sí mismo. No parecía entusiasmado.

Para entonces, las veredas habían cambiado: ya no había vidrieras sino patios; no quedaban casas bien pintadas; las puertas eran diminutas; los cercos estaban caídos y descascarados. Por alguna razón, ese cambio de escenario le dio un cauce, una urgencia a la charla. Para cuando llegaron al taller, corría entre los dos como si ella no fuera del centro y él de la frontera.

Así había empezado todo.

Para sorpresa de Julieta, Luis aceptó. Aceptó sin entusiasmo. Por razones que ella no entendía. Y eso fue una suerte. En lugar de soñar solamente, como hacía ella, Luis era pura práctica. En lugar de asustarlo, las tres palabras de la pregunta ¿qué hacemos entonces?, lo ponían en movimiento.

No iban a poder construir paneles solares, no. Eso se hacía en las grandes fábricas del Sector Industriales, las únicas que seguían usando electricidad. Para llegar ahí había que atravesar tres veces el Alambrado. ¿Que cómo lo sabía él? Porque prestaba atención en las clases...

—El mundo se agrandó. Eso dijo mi abuela una vez —dijo Julie, sería de pronto—. Nadie viaja..., bueno, menos los médicos y los maestros —Sonrió un poco pero Luis también estaba serio. Cuando volvió a hablar, la voz le había cambiado.

—No creas. Para algunos el mundo siempre fue chico. Eso me lo dice mi mamá todo el tiempo.

Por suerte, la charla los había llevado muy lejos de la única pregunta que Julieta no quería contestar. La única que la hubiera

enmudecido. Cuando volvió a casa, sola, por las calles, se preguntó qué habría dicho si Luis hubiera insistido con la pregunta del principio: por qué se lo había contado a él.

Después, llegó el asunto del de Física. Profesor Arnolto, se llamaba. Era muy irónico y Julieta odiaba la ironía. Cuando alguien contestaba bien todas las preguntas, el profesor era irónico (¡Ah! ¿Decidió que le convenía más quedar bien conmigo, Menganito?). Cuando alguien decía todo mal, también (¿Estuvo buena la cena anoche, Sultanito? ¿O le cayó mal tal vez? Por ahí hubiera sido mejor si se quedaba en casa...). Ella debería haberlo odiado pero no. La idea de la calefacción había empezado en esa clase y Julie quería decirle lo que pasaba. Se lo debía.

Luis decía que no. Que no valía la pena.

—¿Quién sabe cómo va a reaccionar, Julie? A mí, ese tipo me da miedo.

Al final, consiguió que ella lo pospusiera. Hasta que hubieran hecho algo, hasta que hubiera algo que mostrar.

“La cosa” le decían. “La cosa va bien”. “La cosa funciona”. Nunca fue una “conspiración”, un “plan”, un “complot”, ninguna de esas palabras grandilocuentes. Siempre fue algo más cotidiano, más chiquito. Una “cosa”.

Al principio, eran muy pocos. ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre? Yo ni loco. Así contestaban muchos de los que recibían la invitación. No había nada ilegal en el asunto. Julieta no se cansaba de repetirlo. Se reunían de vez en cuando para ver si encontraban una solución al problema del invierno en la escuela. Iban a invitar a padres y profesores cuando tuviera alguna forma. Cuando no pareciera una chiquilnada.

—No sé, Julie —dijo su amiga Mara cuando ella le preguntó si vendría a la primera reunión.

—¿Cómo “no sé”? —le soltó ella, más asombrada que furiosa—. ¿Qué? ¿No eras vos la que querías hacer algo?

Mara veía las cosas de otra forma. Claro que quería, dijo pero mamá no la iba a dejar así que si iba..., si iba, para ella sí sería una “conspiración”.

Se rieron las dos. Eso ayudó. Y ella no era la única. Luis también tenía problemas con el asunto.

—Todavía no se lo dije a ningún adulto, Julie —dijo cuando ya se había fijado la fecha de la primera—. Ni a papá.

Así que, al principio, ganaron los que tenían miedo. No se dijo nada a nadie. Se reunían en la escuela con la excusa de un campeonato de fútbol para fin de año. Para disimular, diseñaron un *fixture* y pidieron canchas a Educación Física. Ni siquiera armaron los equipos.

Julieta seguía diciendo que Arnolto iba a apoyarlos. En eso, era rara: nadie confiaba en el de Física; ella sí. Tal vez porque en el fondo seguía pensando que enseñar era lo que le gustaría hacer. Y tal vez porque siempre se “ponía en el lugar de”. Por eso, Julieta se sentaba adelante y trataba de parecer interesada. Siempre. Suponía que no había nada más horrible que ser profesor y que nadie te prestara atención.

—No entiendo qué le ves a ese profe —le dijo Mara una tarde después de una discusión sobre si decirle o no—. Se burla de nosotros. Todo el tiempo. A mí me duele la panza cuando entra.

Julieta lo defendía.

Primero: en esa clase, había entendido el centro del cambio en el mundo. Había entendido por fin lo de la energía.

Segundo: el tipo explicaba y explicaba bien. Y eso ni siquiera Mara podía negarlo.

Tercero: lo único bueno del año lo había provocado Arnolto. Todos ellos le debían las reuniones.

Dos tardes antes de una reunión, cuando los que se reunían ya eran más de veinte, incluyendo al Oso, Julie fue hasta la casa de Arnolto. Había decidido que no iba a pedirle permiso a nadie: ella lo había inventado todo. Tenía derecho.

El viaje le llevó mucho más de lo que había esperado. El profesor de Física vivía del otro lado del Sector, en la punta opuesta a la de Luis. Había alquilado una casita blanca con jardín en un barrio limpio, lindo, caro. La abuela decía que, en tiempos de su infancia, por esas calles anchas, pasaban autos. Ahora el silencio se alzaba como una nube sólida. Para alguien que, como Julieta, vivía en medio del barullo de las vidrieras y los pasos y las charlas y los gritos, era un lugar exótico, extranjero. Tuvo que buscar la dirección

en el mapa que usaba papá para los pocos pedidos que llevaba a lugares que no conocía de memoria; se había metido el mapa en el bolsillo y se había ido sin contestar el “¿a dónde vas?” de mamá.

A la abuela, en cambio, ya se lo había contado. Había hecho bien. Se sentía menos sola. Aurelia había sonreído de oreja a oreja. Me parece una buena forma de tratar de defenderse del frío, le había dicho. Julie no le había contado todo, eso no: ni una palabra de la idea de decírselo a Arnolto. Así que ahora, en ese barrio distinto, le parecía que estaba en una película. De a ratos, se felicitaba. De a ratos, sentía que estaba traicionando a todos.

El silencio era perfecto, apenas interrumpido por bruscos estallidos de risa, cantos de pájaros, carros que pasaban, conversaciones susurradas en las veredas. La bici de Julie dejaba una huella de chirrido agudo en las esquinas. Cuando se detuvo frente al número 42 de la calle La Curva, el vacío que dejaron las ruedas de la bici en el aire la asustó. Estuvo a punto de dar media vuelta y volverse por donde había venido pero no. No, imposible: si se iba, ya no volvería. Apoyó la bici en la pared blanca y baja, y golpeó las manos.

No tuvo que esperar mucho.

Ella creía que el profesor Arnolto vivía solo pero la que abrió fue una mujer rubia, flaca, de ojos serios, cansados.

—¿Sí? —preguntó y Julieta se acordó de lo que siempre le decía la abuela: los que no saludan o están de muy mal humor o son tímidos. La rubia había soltado su única palabra casi en un grito así que tímida no era, decidió Julie.

—Hola —empezó. Ella sí saludaba—. Vengo a ver al profesor Arnolto.

—¿Profesor, eh? —repitió la otra en un tonito burlón—. Es ingeniero, nena. De profe no tiene más que la costumbre.

Julieta sentía que tenía derecho a todo así que hizo como si le hubieran dado permiso: levantó la bici, abrió la puertita de madera y subió por el camino de lajas hacia la puerta. La rubia la dejó hacer con una sonrisa extraña. Cuando la vio en la puerta, se corrió para dejarla pasar.

Adentro: una habitación cuadrada y tres puertas en las paredes, una a cada lado y una adelante. La rubia la hizo pasar hacia la derecha, a un escritorio, y la dejó ahí, sin decirle que se sentara.

Julietta eligió el lado del escritorio más cercano a la puerta, corrió un banquito que estaba contra la pared, lo acercó y se acomodó despacio. Quedó un poquito de espaldas a la entrada pero se esforzó por no levantarse cuando oyó los pasos.

Arnolto

—¡Julietta! —dijo el profesor. Sonaba bastante sorprendido y a ella le pareció raro que se acordase de su nombre. ¿Se sabe el nombre de todos o solamente el mío?

El profesor se sentó del otro lado del escritorio y Julieta respiró, aliviada: era más fácil hablar con esa madera de por medio.

—Vine a decirle lo mucho que sacamos de su clase —empezó. Era lo único que había ensayado. En general, cuando sabía cómo arrancar, el resto le venía todo. Y, de todos modos, no había tanto que contar. ¿Que se reunían para tratar de hacer que la escuela les ayudara a fabricar algo parecido a un espejo solar? ¿Cuántas palabras hacen falta para decir eso?

Arnolto la miraba sin decir nada. Se puso muy pálido al principio, después muy rojo. No la interrumpió. Cuando ella terminó, se inclinó sobre el escritorio y dijo, la voz susurrada y urgente al mismo tiempo:

—Ustedes están locos, nena. Muy locos. Que quede bien claro: yo no quiero tener nada que ver con eso. Nada, ¿me oíste? Por favor, no vuelvas. Ni siquiera sé cómo averiguaste dónde vivía.

Julietta nunca supo cómo llegó a la puerta, cómo se subió a la bici, cómo encontró el camino sin mirar el mapa. Despertó de pronto cuando faltaban apenas dos cuadras para llegar a casa.

Aurelia

Fue por casualidad que se cruzó con Arnolto. Anochece. En general, los martes, Julieta iba a verla a su casa pero ya era tarde y la nena no había llegado y las dos habían arreglado desde hacía mucho que, después de cierta hora, si la nieta no aparecía, Aurelia quedaba libre. Eso estaba pasando cada vez más y Aurelia se había acostumbrado a que la explicación llegara días después: “Vinieron unos amigos y nos fuimos a”; “Estaba leyendo y se me pasó”; “Me distraje con Mara en la puerta de la escuela”; “Fui a acompañar a”. No se asustó. Conocía

los lugares favoritos de Julie. Muchas veces la encontraba por casualidad y apenas la veía, el día se enderezaba como una calle después de una curva. “Ey, abue... ¿cómo sabías que yo andaba por acá?” Si no la encontraba, todo bien, pensaba Aurelia. La búsqueda era una buena excusa para hacer ejercicio. Aurelia nunca había salido a caminar sin una meta. Andar sin destino no era lo suyo y, aunque era médica, nunca le había gustado la gimnasia. De todos modos, la desaparición de los autos había convertido a casi todos en caminantes.

Y esa tarde, vio a Arnolto cuando cruzaba la calle hacia los bancos de hierro y madera de la plaza. Lo conocía: el profesor venía a verla al consultorio con bastante frecuencia. Él también había viajado y casi siempre hablaban de eso. A ella le gustaba la decisión que veía en él, su pasión por cambiar de lugar cada tanto, su amor por la ciencia. Su mujer lo había seguido a todos los Sectores pero de eso Aurelia no sabía nada: Arnolto no hablaba de su esposa. Ella suponía que no se llevaban bien. A veces, le parecía que él pasaba por el consultorio solamente por la charla distendida, por ese asomarse al mundo lejano de otra persona. Le extrañaba esa soledad en una persona tanto más joven que ella.

Lo vio en el otro extremo de la plaza y estuvo a punto de llamarlo pero la detuvo algo en la manera de caminar del profesor. Iba en una línea rápida pero no del todo recta hacia la puerta grande de la Municipalidad, como si estuviera por hacer algo de lo que ya se arrepentía.

Aurelia cruzó la calle despacio y se sentó en uno de los bancos que elegía siempre para las charlas con Julieta. No, hoy su nieta no estaba en la plaza. En algún momento, se dio cuenta de que estaba esperando que Arnolto saliera de la Municipalidad para encontrarse con él y averiguar algo. Pero quince minutos más tarde, los ojos a medias en el portal, a medias en la novela policial que había llevado con ella, alguien le tocó el hombro.

—¡Hola, Julie! —dijo ella y sonrió. Pero en el mismo instante, se olvidó de Arnolto, de su curiosidad, de todo: su nieta estaba rara, sin la sonrisa que se le abría en los labios cuando se encontraban por casualidad en las calles de Los Remolinos—. ¿Te pasa algo? ¿Te sentís bien?

Julieta se sentó en el banco y Aurelia se dio vuelta hacia ella y preguntó. En general, se tenían confianza pero esa vez no consiguió

sacarle nada. Nada. Así que, para que Julie no se fuera, para ablandar en algo esa expresión dura, le preguntó por las reuniones. Quería convencerla de que había que abrir el grupo a adultos. Ese era el camino. Buscar adultos que apoyaran la “cosa”: ella, la primera; el padre del Oso; algún profesor (¿cómo se llamaba la de Historia?). Había que abrirse hasta que la movida fuera demasiado grande y nadie se atreviera a atacarla.

Aurelia siempre había sido buena como organizadora. El plan le fue saliendo por los labios sin haberlo pensado antes. Hacía años, en la Capital, entre los estudiantes de Medicina; después, como médica en Los Remolinos. Ahora, mientras abrazaba a su nieta, tan parecida a ella, tan chiquita en medio de la tormenta, sintió que todavía no había pasado nada. Que no hacía falta tener miedo de las reuniones. Que ya lo arreglarían las dos juntas.

—Luis se va a enojar cuando sepa que te conté —dijo Julie de pronto. No parecía tranquila. Aurelia sonrió.

—Te acompaño y se lo decimos las dos —le dijo. Le parecía que la única forma de calmar la angustia de Julie era hacer lo de Luis ese mismo día, como si las cosas fueran urgentes aunque ella estaba segura de que no lo eran. A Julieta le gustó la idea.

Caminaron hacia el taller mientras caía la noche.

No sabía si había hecho bien en decirle. Eso había susurrado su nieta en una voz baja, agotada y terriblemente despierta y cuidadosa, como alguien que habla despacio, porque sabe que hay un alud sobre su cabeza, un golpe que puede caerle encima al primer crujido.

Las calles se fueron oscureciendo de a poco y las dos caminaron con rapidez sin dejar de hablar. Pero era Aurelia la que sostenía el peso de la charla. De vez en cuando, echaba una mirada a su nieta. Ese Luis... Aurelia sonrió en la oscuridad. Pobre Julie: sentía que había traicionado a la persona que más le interesaba en el mundo. Se acordó de ella cuando era joven. De Gus..., a quien había tratado tanto de olvidar.

La luz del taller parecía fuerte en ese barrio oscuro aunque era solo un farol. En el resto de la cuadra, temblaban velas diminutas que hacían que las ventanas se movieran como velas de barcos invisibles.

Los pasos de Julie se hicieron cada vez más cortos. Aurelia la recordó de chica cuando recién empezaba a ir a la escuela: caminaba

a su lado con entusiasmo tres de las cuatro cuadras, después iba bajando la velocidad y al final, la abuela tenía que ponerse severa y arrastrarla un poquito hacia la puerta.

–Yo le explico –dijo para tranquilizarla.

Conocía a Julie. Cuando su nieta se sentía culpable, tenía dificultades para explicarse. Le faltaban las palabras. Le había pasado muchas veces y, muchas veces, Aurelia había ido con ella y había empezado la charla. Y entonces, Julie la había corregido con furia y había seguido sola. Era un mecanismo infalible. Así que cuando se asomaron por la puerta de lata semiabierta y vieron a Luis sentado frente a un yunque con un martillo en la mano, Aurelia se tenía confianza.

–Hola –dijo–. Soy la abuela de Julie...

Luis ya estaba de pie, el martillo en la mano.

–¿Le pasa algo a ella? –preguntó.

Solamente en ese momento, notó Aurelia que su nieta ya no estaba. Se inclinó hacia la puerta con rapidez y la vio alejarse con paso rápido hacia la esquina.

Se dio vuelta y volvió a entrar, mientras decía:

–Algo le pasa, sí...

La seguridad se le había escurrido entre las manos. Ya no sabía si hablar o no; no sabía si hablar no empeoraría las cosas. Pero el silencio era peor así que tragó saliva y empezó. Y cuando empezó, habló con rapidez, sin vueltas. Nunca había sido tímida. Contó. Contó que sabía todo por Julieta. Contó la necesidad que tenía su nieta de contárselo a alguien. Y después, explicó su idea sobre las reuniones: había que hablar, había que conseguir apoyo. Dijo “tomar la escuela” pero, apenas oyó las palabras en el aire, se arrepintió. Vio que Luis retrocedía desde los ojos, sin mover el cuerpo.

–Ella sabe que hizo mal en decirme sin consultarlo –dijo Aurelia, la voz lo más serena posible.

–Hizo mal –susurró Luis, los puños cerrados.

–Lo está pagando, te lo aseguro –contestó Aurelia y después, se le ocurrió–. Te invito a cenar. Creo que deberíamos hacer planes. Los tres juntos. Al fin y al cabo, yo ya lo sé.

Luis tardó un momento en contestar. Después, dijo en voz baja y lerda:

—A las diez termino —y agregó—, a Julie la busco yo.

Ya era bien de noche cuando llegaron. Aurelia los esperaba frente a la ventana así que los vio desde que doblaron la esquina bajo la luz de los faroles. Venían de la mano. Julie parecía mejor. Aurelia sonrió de nuevo y respiró. Desde el taller de Luis, le dolía el estómago. De pronto, le parecía que las reuniones eran más peligrosas de lo que ella había pensado. Desde aquella tarde, habían vuelto a visitarla los recuerdos de su vida en la Capital; del padre de su hija. Y no solamente eso, sino noticias más recientes: hacía poco habían muerto cuatro personas en el Sector Capital, un accidente vial, decían. Venían de una reunión para pedir la reapertura de un festival de música que se había cerrado hacía un año. A Aurelia le llegaban ese tipo de informes. Hacía dos meses, se había derrumbado el edificio en el que sesionaba la Asociación Médica en La Noria. Se decía que había Sectores en los que aparecían muertos en las calles todos los días. Ella se enteraba por las comunicaciones de la Asociación Médica, que llegaban a veces con los suministros.

Así que cuando vio llegar a los chicos, los miró desde lejos con algo parecido a la angustia. Pero no quería preocuparlos y, para cuando abrió la puerta, estaba sonriendo. Julie no había vuelto a ser ella misma, no pero ahora flotaba algo bello y nuevo entre esos dos. Y eso, eso sí era bueno.

—Luis dice que nunca vio a una abuela como la mía —le dijo más tarde Julie mientras la abrazaba. Había algo duro en el centro del abrazo pero Aurelia decidió concentrarse en la alegría que veía en la piel de su nieta, en los ojos, en la cara abierta. En las dos horas, que estuvieron juntas, construyeron, reformaron y revisaron los planes. Aurelia sabía cómo hacerlo. No perdía el tiempo. Primero harían una reunión para que todos los que ya estaban en el grupo supieran lo que pasaba. Después hablarían con..., y ahí empezó la lista: los padres de Julieta; el padre del Oso; Cata, la profesora de Historia; el padre de Luis...

—A tu mamá y tu papá se los digo yo, Julie —dijo Aurelia—. Cuanto antes. Yo estoy en el medio y no me gusta... Espero que lo entiendas.

Julieta entendía. A veces, Aurelia se sorprendía por la capacidad de comprensión de su nieta. Tal vez era que no conseguía creer que Julie estaba a punto de cumplir dieciocho.

Al día siguiente, Aurelia fue hasta la panadería para ver a Irene y a Lau. Eso era urgente. Miró a través de la puerta de vidrio; no había clientes. Los panes descansaban en los estantes de madera oscura. Frente al mostrador, la cabeza sobre los brazos, los ojos cerrados, dormía Irene. Aurelia la miró desde el umbral, en silencio, imaginándola cuando era chiquita y le hacía preguntas sobre su padre.

—Ire —dijo en voz baja, cuidadosa, para no asustarla. Su hija sonrió cuando la vio.

Se sentaron juntas en dos sillas de madera antigua que habían sido de la familia de Lau. Irene parecía sorprendida: su madre no era de aparecer por el negocio y mucho menos a esas horas, tan cerca del momento en que se abría el consultorio. Había una cierta distancia entre ellas, tal vez porque Aurelia no quería meterse demasiado en la vida de la panadería. No después de haber vivido lejos tanto tiempo.

Aurelia tosió una vez, miró la pared, lejos, y empezó a contar la historia: Julie, las reuniones, el secreto, los planes. Como era costumbre entre las dos, su hija la escuchó sin interrumpirla.

—Lo que me preocupa —dijo Irene apenas cayó el silencio— es que no me lo haya contado a mí...

—Pero tenemos que apoyarlos, Ire —la voz de Aurelia se había puesto severa, de pronto. Eso, el apoyo, era lo único importante. Lo único.

De Arnolto, de la plaza, se había olvidado por completo.

Luis

El taller le pesaba en los hombros desde mucho antes de llegar a la puerta. Envidiaba cada vez más a los que volvían a la casa directamente. Él no podía. Salía de la escuela y caminaba hasta el taller mientras se comía el sándwich que siempre le daban en casa. El cansancio le tiraba de las piernas como si estuviera vadeando agua o barro. En ese camino, siempre se preguntaba cómo iba a hacer para enfrentar las horas que le quedaban. Apenas llegaba al taller, se sentaba frente al yunque y trabajaba sin pensar, sin ser,

sin mundo. Y por suerte, el tiempo pasaba rápido, concentrado en hierro y martillo y a veces, fuego pero apenas él se levantaba para volver a casa, el cansancio volvía a abrazarlo con fuerza. A veces, se dormía sin comer. A veces, el cansancio lo seguía hasta la escuela el día siguiente y entonces, se dormía en medio de las clases, en el banco.

No era bueno en clase. Tenía malas notas, no siempre hacía lo que le encargaban. No era bueno en el taller. No le gustaba el trabajo. Luis no había nacido hábil con las manos: se quemaba, se golpeaba, se equivocaba. Su relación con el dueño era... complicada. Don Achával creía que las palabras eran distracción así que casi no se hablaba entre esas paredes calientes y sucias. Ahí dentro, todo era trabajo. Trabajo y calor. El calor, a Luis, le gustaba. Lo peor era caminar desde la escuela: él hubiera dado cualquier cosa para no enfrentarse al yunque, para doblar hacia la casucha que compartía con mamá aunque ella volvía solamente un ratito antes de él.

Esa casi tarde se concentró en lo que hacía para no lastimarse. Desde la primera charla con Julie, se había cortado dos veces, y se había quemado otras dos. Lógico: ahora, tenía otras cosas en qué pensar. Fechas, tareas a realizar hasta la próxima reunión, posibles aliados. Julie seguía insistiendo con decirle a Arnolto. Ese era otro tema que masticaba Luis detrás de la frente cuando hubiera debido concentrarse en el yunque y las chapas y las herramientas. Estaba seguro de que decirle algo a ese tipo amargado era un error, un error grave. Él le tenía miedo a Arnolto. Y Julie era empecinada.

Julieta. La conocía desde hacía mucho pero no así, no como en el último año. Antes le parecía una más... En algún momento, hasta le había parecido tonta. Ahora, ella hablaba poco pero, cuando hablaba, valía la pena escucharla. Antes, él no cruzaba palabra con ella. Ni la miraba. Ahora no podía dejar de darse vuelta para buscarla en el aula.

Después, cuando Arnolto habló de la energía solar, ella lo había corrido camino al taller y él nunca iba a olvidarse de la sorpresa intensa, casi dolorosa que le rozó el hombro cuando oyó que esa voz decía su nombre desde atrás. Desde esa tarde, Julie se había

convertido en parte de su vida, la parte buena. Justamente en eso estaba pensando cuando se abrió la puerta de lata y entró la vieja. La abuela. La médica.

Luis había oído hablar de ella pero no la conocía, no personalmente. Nadie se la había presentado. Tal vez la hubiera visto alguna vez en la puerta de la escuela, hacía años, cuando acompañaba a Julie hasta la puerta... pero ni siquiera estaba seguro de eso. No esperaba visitas. La única que hubiera podido venir, su madre, había dejado de hacerlo cuando él le dijo que Don Achával protestaba.

—Aurelia —dijo. Y se dio vuelta hacia la calle antes de sentarse y entonces, él entendió que Julie había venido con ella, y después se había escapado. Se le cerró algo en la garganta. Apenas Aurelia empezó a contarle, Luis ya sabía: Julie le había contado lo de las reuniones. Si se lo había contado a ella, seguramente iba a contárselo a Arnolto. La vieja era inofensiva pero Arnolto... La idea lo golpeó en el vientre con un puño frío. Don Achával estaba por llegar. Estuvo a punto de pedirle a la vieja que se fuera. Al final, no se atrevió. Escuchó hasta el final y al final, se alegró de haberlo hecho... Porque la charla lo tranquilizó en parte. No del todo pero sí en parte. Lo que seguía pesándole era la cara empecinada de Julie, ese deseo constante que tenía ella de rescatar a todos, incluso al h de p de Arnolto. Por eso se animó, miró a la vieja, a la cara, y le dijo que a Julie la buscaba él. Si iban a cenar a casa de la médica, él y Julie tenían que entenderse antes.

Cuando llegó Don Achával, Luis estaba en pleno trabajo. El hombre hizo las críticas de siempre pero Luis no hizo caso. Agachó la cabeza, dejó que las palabras le resbalaran sobre los hombros. Esperó. Después, murmuró un perdón, porque sabía por experiencia que esa palabra era necesaria. A la hora de siempre, salió por la puerta despacio. Solo una cuadra más allá, empezó a correr.

Caminó las cuatro cuadras hasta la puertita de lata, se paró junto a la única mesa y escribió una notita para mamá en un pedacito de papel marrón que encontró por ahí. No quería que ella se preocupase. Después dio media vuelta y salió otra vez hacia el Centro. El camino le pareció corto, fácil, cuesta abajo, a pesar de

que la ciudad era chata, plana excepto antes del río. El cansancio se le había esfumado de la frente. Y, sin embargo, cuando golpeó la puerta del costado de la panadería, cerrada ahora para la noche, le pareció que le temblaban las piernas.

Se dio vuelta hacia la calle. Tal vez por eso no oyó los pasos de Julie por la escalera. Tal vez por eso no retrocedió cuando se abrió la puerta. La corriente de aire lo tocó desde abajo. Ahí estaba ella: quieta, callada, la sorpresa marcada en la cara. Él no sabía qué decirle. Se había preparado para la madre.

—Tu abuela quiere que vayamos a cenar. Los dos —dijo, tartamudeando.

Ella bajó la vista.

—Entonces, te dije que le conté... Mirá, Luis, no..., no sé qué me pasó... No tendría que habérselo contado... —una pausa, una pausa larga—. Y peor..., se lo conté a alguien más...

Él la miró, el miedo otra vez en la mitad del cuello. No dijo nada pero la rabia le dolió entre los dientes. Hubo un silencio largo. En medio de ese silencio, Julie se corrió a un costado y él subió la escalera hacia el departamento en el primer piso, justo encima de la panadería.

Esa no era la primera vez que Luis entraba en la casa. Esta vez los padres de Julie estaban en el comedor y, cuando él y Julie cruzaron ese espacio, había un ambiente raro en el aire. Ellos sabían, claro. ¿Les habría contado Aurelia? ¿Julie misma? No, Julieta no... Lo supo brusca, definitivamente. Ella cruzó el comedor casi corriendo y, para cuando cerró la puerta del dormitorio del otro lado del pasillo, estaba llorando. Para entonces, de la rabia de Luis quedaba apenas un rumor de miedo un poco más fácil de expresar, sobre todo ahora que Aurelia les había mostrado una salida; ahora que Aurelia, de alguna forma, se había hecho cargo. Porque iban a tener que contarle lo de Arnolto.

La casa de la abuela era un lugar fresco, atiborrado de cosas y lleno de olores y formas extrañas.

—Me traje algo de todos los lugares en los que viví —decía Aurelia cuando le preguntaban.

Esa noche, a Luis le pareció que el mundo se enderezaba a su alrededor, que todo iba a estar bien, que todo estaba empezando... Julie y él se dieron la mano y caminaron. Despertaron frente a la casa de la

abuela. El ritmo del andar de a dos era tan nuevo, tan inesperado para Luis que le pareció que flotaba en un agua respirable, blanda, hermosa.

La cena se le pasó en un parpadeo. Esa noche, caminó hasta la puerta de la casucha que compartía con mamá casi sin tocar el suelo. Todo estaba bien. Le extrañó el reflejo del farol que se colaba por los agujeros de la puerta. Su madre siempre se dormía temprano: las noches no le alcanzaban para el descanso. Entró un poco asustado pero ella se había dormido esperándolo con la cabeza entre los brazos y el farol encendido. Últimamente, estaba un poco preocupada. Ahora, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Qué?

Y él se sentó en el segundo banquito y le habló de Aurelia y de las reuniones y de Arnolto. Le hizo bien contarle.

En los dos días que faltaban para la próxima reunión en el colegio, Luis vio a Julie varias veces. Alrededor de los dos se iba formando una ronda de charlas y citas y risas que hacía que algunos profesores se los quedaran mirando. Cata les sonreía sin decir nada y Luis, que la había tenido un año antes, pensó que ella era la primera a la que había que buscar apenas se pusieran de acuerdo en que eso era lo correcto.

Fueron dos días inolvidables. El único problema era Arnolto: cada vez que se cruzaban con él en los pasillos, Luis tenía miedo otra vez. El profesor de Física bajaba la vista cuando los veía y eso los ponía nerviosos. En las clases, parecía otro. Había perdido la ironía. Hablaba en una voz monótona y clara y las explicaciones eran perfectas. Escribía en el pizarrón, les daba la espalda y, cuando se daba vuelta, no ponía los ojos en nadie. Fueron clases tranquilas, casi cómodas. Unos días antes, esa nueva actitud hubiera sido un alivio para Luis, para Julie, para todos.

Ahora no.

Sueños

Julieta

Julieta tenía problemas para dormirse. Siempre los había tenido. Su mamá le decía que de más chica la noche había sido terrible para ella. Que en esos tiempos prefería las noches de luna llena,

cuando la luz blanca entraba por la ventana y lo iluminaba todo. No era una luz muy cálida pero la oscuridad la asustaba más.

Para llegar al sueño, Julieta se contaba historias que terminaban perdiéndose en la nada. Historias bellas en las que todo era posible. A los otros sueños, los que se tejían solos detrás de sus ojos cuando ella tenía los ojos cerrados, no los recordaba nunca. A veces, apenas un color, un temblor, un movimiento.

Lo que pasó en el tiempo de esta historia fue que los relatos para llamar a la noche fueron cambiando de a poco. Durante un tiempo muy largo, imaginó que ella era la abuela Aurelia y viajaba a la Capital a estudiar medicina. Después, se dio cuenta de que lo que realmente le gustaba era el viaje. No quería ser médica. Le daban un poco de miedo los momentos en que las enfermedades terminaban ganando... Quería...

¿Qué quería ella en realidad?

Nunca había estado muy segura. En las historias que se contaba antes de ese año, descubría en sí misma un talento escondido que tenía que ver con estar entre muchos, con los grupos. En una era bailarina de ballet, en otra tocaba la guitarra en una especie de banda; en otra explicaba algo difícil a cuatro compañeros. Las historias no se seguían de una noche a otra: Julie las dejaba siempre donde estaban cuando se dormía, devoradas por los sueños que se tejen solos.

En el tiempo de las reuniones, las historias tomaron otro camino. Ella no se dio cuenta hasta que, una noche, se puso a pensar que ya no contaba nada sobre sí misma. Ahora la historia tenía que ver con el proyecto. Se contaba el día en que terminaban de hacer los planos de las placas solares; el día en que se inauguraba el aparato; el primer día de frío después de eso..., cuando todos acercaran la espalda o las manos a los radiadores. Y ella, que antes estaba en el centro de la historia como una araña en el centro de su tela, ahora respiraba a un costado, en un lugar desde donde fuera más fácil ver las cosas, entenderlas.

En días especiales o particularmente difíciles, se contaba historias más personales que empezaban siempre en el momento en que ella y Luis se habían dado la mano por primera vez. ¿Quién había sido el primero? Ella estaba segura que había sido ella. Era raro. Ella

nunca había hecho algo así antes. Sus padres no usaban el cuerpo para expresar cariño; había pocos abrazos en la familia. Todo pasaba por la charla. Así que Julieta no supo nunca de dónde había salido su gesto. ¿Del alivio que sentía desde que ella y Luis caminaban juntos? ¿De la necesidad caliente que le salía del pecho, ese ahogo hermoso cada vez que veía a Luis en los pasillos de la escuela o en las calles? No comprendía cómo se había atrevido a seguirlo para hablarle del proyecto pero sonreía cuando lo pensaba. Y cada vez que se contaba la historia de las dos manos juntas, se dormía con facilidad. La historia se la llevaba del mundo como si tuviera alas.

Aurelia

Aurelia sabía que los sueños eran peligrosos. Lo supo desde casi siempre. Había tenido suerte. La forma en que había cumplido los suyos (estudiar cuando el estudio se hacía cada vez más difícil; llegar a médica cuando pocos lo conseguían; volver a Los Remolinos y quedarse; sobrevivir) era un privilegio de muy pocos. Trataba de pensar en eso cuando sentía que nada valía la pena, cuando le dolía demasiado la espalda, cuando ya no tenía ánimo para escuchar las quejas y los dolores de otros.

En cuanto a los sueños de la noche, en general, ella recordaba lo que había soñado cuando se despertaba. A veces, la huella del sueño le duraba solamente un rato; después, no le quedaba más que la sensación general, a veces el tema. Algunas mañanas, el sueño se le convertía en parte de la vida, y entonces ya no había fronteras seguras entre estar despierto y vagar por ese otro mundo frágil y poderoso.

Aurelia soñaba siempre con lugares inventados. Viajaba en el carro que había tenido cuando dejaron de tener sentido los autos, su primer carro. Los colores (azul y rojo, blanco y verde trenzados en dibujos; lo había comprado con el dinero de su primer trabajo), la madera sólida y al mismo tiempo menos pesada de lo esperable, los asientos blandos con almohadones, todo eso había pasado bastante intacto de la vigilia al sueño (con ciertos cambios de tono, de intensidad, de proporciones). En los sueños, los viajes eran nocturnos solamente. Ella viajaba por un bosque: junto a una montaña amarilla; por una ciudad en las que las calles eran ríos blandos,

pegajosos; por una playa. No eran lugares que hubiera visto nunca pero cuando se sentaba a pensarlo, tal vez algunos de los rincones que veía, algunas curvas, eran recuerdos.

La noche que siguió a la cena con Luis y Julie, a la charla con su hija, a la lista de adultos a quienes visitar en los días siguientes, Aurelia soñó otra cosa. Caminaba por un sendero de cemento, entre altos cercos de ligustrina verde. Era un paseo bastante agradable excepto por la altura de los cercos, que era un poco opresiva. Aurelia levantó la vista y trató de ver el cielo pero encima de su cabeza las ramas parecían unirse en un infinito cercano.

Así, de pie en ese sendero estrecho, algo se cerró en el centro del cuerpo de Aurelia. De pronto, se dio cuenta de que tenía que salir de ahí. La forma de hacerlo era clara: había que atravesar el cerco, es decir, abandonar el sendero, traicionarlo. Con algo parecido al miedo, ella miró el verde de las ramas espesas y trató de comprender lo que veía del otro lado.

Y entonces se despertó.

Luis

Luis tenía poca noche. Cuando terminaba de comer con mamá, se dejaba ir a la cama. Uno, dos segundos después, ya no estaba. ¿Soñaba? Suponía que sí, claro pero hasta que Julieta le habló del asunto de la calefacción, le parecía que dormir duraba un instante apenas; que, un instante después, ya amanecía de nuevo. Que el día era interminable.

No recordaba los sueños. Muy de vez en cuando, le quedaba un rumor, una única imagen incomprensible.

Las reuniones cambiaron eso.

A veces Luis se preguntaba cómo hacía para encontrar un hueco en esos días abigarrados, un tiempo breve para ir a la escuela entre el taller y la noche. Seguramente dormía menos que nunca pero él sentía que valía la pena: hasta las noches eran otras ahora. Todo porque, de pronto, había una parte del día, un tiempo, que le gustaba. Tal vez por eso, empezó a soñar. O a recordar lo que soñaba.

Por ejemplo: bailaba con Julie en el gimnasio de la escuela. Alrededor se abrían puertas de distintos colores y tamaños y él sabía, sin cruzarlas, que por una llegaría al taller; por otra, al aula y

por otra, a la casita donde a veces lo esperaba mamá. En ese sueño, todo estaba bien. Él bailaba despacio con Julie y ella le sonreía, mirándolo.

O: soñaba que la reunión se hacía en una plaza rodeada de cúpulas que parecían inclinadas hacia unas sillas de paja. Las sillas eran iguales a las únicas dos que tenían él y mamá, como si alguien las hubiera calcado y trasladado a la plaza.

Una noche, después de las primeras reuniones, cuando el grupo empezaba a agrandarse, soñó que él y Julie llegaban tarde y no conseguían lugar en el gimnasio. El Oso estaba en la tarima con todo y silla de ruedas, y en el aire había palabras en un idioma cortado, incomprendible.

Esa mañana, cuando se despertó, se quedó un momento sin moverse sobre la camita de madera clara. No se acordaba de la última vez en que hubiera hecho algo parecido: en general, se ponía en movimiento apenas abría los ojos. Siempre le faltaba tiempo. Pero ese día, se quedó pensando el sueño, dándole vueltas entre las manos como a un objeto raro que uno trata de entender.

¿Qué había querido decirse con esa imagen en la que él y Julieta estaban lejos del grupo?

Él no quería estar lejos del grupo. Las reuniones le importaban. Quería un lugar en ese círculo. Siempre había odiado el gimnasio: la clase de gimnasia era una tortura para él. Y ahora, las reuniones lo habían convertido en un espacio deseado. No se sentía bien ni en el aula ni en el taller y la casa..., la casa donde se cruzaba con mamá sin tiempo para hablar (o sin fuerzas o con demasiados temas), la casa... Se quedó pensando un momento en lo que sentía por la casa, esa cáscara débil que lo rodeaba todas las noches. Que lo rodeaba en ese momento. ¿Quería o no volver todos los días a ese espacio mezquino, imposible?

El día en que conoció a Aurelia, soñó que llegaba primero al gimnasio y del otro lado de la puerta, veía un conjunto de árboles recién nacidos que brotaban desde el suelo de madera. No sabía cómo pero estaba seguro de que eran árboles, no pasto. Se quedó en el umbral, levantó la vista y vio un pájaro azul oscuro. Volaba en el aire quieto entre las ventanas. Entonces, Luis se dio media

vuelta, cerró la puerta del gimnasio y se sentó afuera, a esperar a los demás. La reunión tendría que ser en otra parte. Pero cuando abrió otra vez la puerta para ver el bosque que nacía, encontró un desierto, un desierto sin agua ni límites ni esperanza.

ÍNDICE

1 LOS REMOLINOS

OTOÑO

Consecuencias	11
<i>Pesadillas</i>	29
<hr/>	
Causas	33
<i>Sueños</i>	48
<hr/>	

2 LA REJA - CAPITAL

INVIERNO

Consecuencias	57
<i>Pesadillas</i>	78
<hr/>	
Causas	83
<i>Sueños</i>	103

3 VIAJES

PRIMAVERA - OTOÑO

Consecuencias	109
<i>Pesadillas</i>	124
<hr/>	
Causas	127
<i>Sueños</i>	157
<hr/>	

4 ENCUENTROS

VERANO

Toda causa es consecuencia	163
-----------------------------------	-----

Este libro se terminó de imprimir
en mayo de 2020 en la
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina

